

solo se vieron sus excesos y aberraciones: tuvo en su contra, y con sobra de razon, la opinion pública, indignada de que existiendo una guerra civil, que afectaba á todos los liberales, se promoviera otra por los que mas avanzados se llamaban; se batió al cantonalismo en detall, y siendo tan poderoso, succumbió, como no podia menos. Aquella abigarrada insurreccion, que tan profunda tendencia socialista demostró en Alcoy, Eoija y otros puntos, en la que ni la unidad de la provincia se respetaba, pues cada poblacion importante queria su autonomia y ser cabeza de canton, quedó reducida á Cartagena. Era la única esperanza de los cantonales; porque puesto á discusion en las Córtes el proyecto de Constitucion federal, elocuentemente combatido por el Sr. Leon y Castillo, fué relegado al olvido.

No quedaba mas recurso á los cantonales que propagar la insurreccion. Lo ejecutaron en Alicante, donde nadie se les opuso; pero solo duró el cantonalismo lo que en reembarcarse tardaron los insurrectos. Quisieron llevarla tambien á todo el litoral empleando los grandes elementos con que para ello contaban, mas temieron ver apresados sus buques por otros extranjeros, como lo fué el *Vigilante*; efectuaron una excursion terrestre á Orihuela, de cuya poblacion se enseñorearon á pesar de las fuerzas que la defendian, se llevaron algunos prisioneros y 15,000 duros: otra columna de 2,000 hombres con artillería salió á oponerse á las tropas que conducia Salcedo contra Cartagena, las que derrotaron en Chinchilla á los cantonales, sin que costara baja alguna á Salcedo, que á haber dispuesto de mas caballería, hubiera podido copar toda la fuerza insurrecta, y este fácil triunfo produjo la presentacion de varios soldados de Mendigorria, 400 prisioneros y la sumision de Murcia y otros pueblos.

Pacificada Valencia, acudió Martinez de Campos contra Cartagena; pero ofició al gobierno que con unos 2,000 hombres, siete morteros y quince cañones sin artilleros inteligentes, nada podia hacer contra una plaza defendida por 600 hombres con numerosa artillería y una poderosa escuadra. Valiéndose de ella bombardearon á Almería porque no daba 10,000 duros; apoderáronse en Motril de 2,000, sublevaron estos y otros actos de vandalismo la opinion pública, y se contuvieron en parte al ver se apoderaban de sus buques otros extranjeros, á cuyos jefes reclamaron inútilmente su devolucion.

A la vez que iba llegando material de sitio, se procuraba establecer este, aunque los cantonales destruyeron una batería antes de artillarla: tuvo que ir Campos á Valencia llamado por los movimientos de los carlistas, y encomendó á Salcedo el ejército sitiador y la prosecucion de las relaciones con los de la plaza para llegar á un acuerdo, que fracasó por perderse un tiempo precioso en consultar al gobierno las instrucciones, habiéndolas dado por escrito Campos, plenamente autorizado por el Poder ejecutivo y el Consejo de ministros, que acordó darle un voto de absoluta confianza, sin mas advertencia que no transigir con los dos ó tres jefes de primera línea. Las reanudó Campos á su regreso con varias alternativas, recibió refuerzos, reemplazó al general Salcedo el brigadier Calleja, y al saber que los cantonales habian enviado á Aguilas una expedicion, que volvió con buen botin de víveres y dinero, y que Lorca pedia auxilio, le envió con el coronel Ortiz, y otra columna con Acellana á Orihuela contra 500 carlistas.

El aislamiento de Cartagena y el propósito del gobierno de apoderarse de ella, empezó á producir sus efectos entre los cantonales, cuyo *gobierno provisional de la federacion* dimitió, se confirmó á Contreras en el cargo de general en jefe de los ejércitos federales de mar y tierra, y presentó la carta que recibió de Martinez de Campos para llegar á un acomodamiento que rechazó con energía, proponiéndose resistir hasta vencer ó morir. Se empeñaron en la rendicion de Alicante; allí acudió Campos á hacer frente á los cantonales, y en desacuerdo con el gobierno, dimitió el mando en el que le reemplazó don Francisco Ceballos, que llegó á Alicante con el ministro de la Gobernacion Sr. Maisonnave, y allí permaneció hasta despues del ineficaz bombardeo que el 27 de setiembre sufrió aquella ciudad y presenciaron impasibles doce poderosos buques de guerra ingleses y franceses y uno prusiano.

Resistieron valientes los alicantinos y su guarnicion, deseando solo que desembarcaran los agresores.

Para poner término á las algaradas marítimas de las cantonales, en las cuales se proveian de dinero y víveres, estableció el bloqueo la escuadra mandada por el contralmirante Lobo: hiciéronle frente los buques cantonales, trabándose combate; interpúsose oficiosamente entre la *Vitoria* y la *Numancia* la fragata francesa *Semíramis*, y regresaron á Cartagena los cantonales con algunas pérdidas y averías, quedando el mar de batalla por Lobo. No impidió el bloqueo que salieran á los dos dias los buques insurrectos para el cabo de Palos; Lobo, que les perseguía, retrocedió á proveerse de carbon y esperar en Gibraltar órdenes del ministro, lo cual causó general asombro; aprovecharon los cantonales tan inexplicable suceso para proseguir sus excursiones marítimas; perdióse chocando con la *Numancia* el *Fernando el Católico*; llegaron hasta el Grao en la esperanza de que secundara Valencia el movimiento cantonal; á su regreso, siempre escoltados por buques extranjeros, apresaron varios buques mercantes llenos de géneros, relevó á Lobo don Nicolás Chicarro, y volvió á establecerse el bloqueo con frecuentes intervalos para proveerse la escuadra de carbon y víveres.

Aunque aumentadas las fuerzas sitiadoras, eran insuficientes para completar el bloqueo por tierra, que se iba estrechando; se rechazaban las salidas que efectuaban los sitiados, no daban resultado las negociaciones que se entablaban, ni la mision que llevaron Carmona y otros; deseaba el gobierno se rompiera el fuego de cañon, y que hubiese energía, y al fin comenzó el bombardeo de Cartagena, no sin haber mediado contestaciones no muy deferentes entre el ministro de la Guerra y el general en jefe, que ocasionaron la dimision de este.

Poseyendo el señor Salmeron profundas y arraigadas convicciones, hijas de sus grandes estudios, y no menos talento, renunció por conviccion y patriotismo el poder que ejercia, sustituyéndole Castelar, considerado á propósito, no solo para vencer las graves dificultades que se oponian al gobierno, sino para dar soluciones que, aun reconocidas como necesarias por Salmeron, no creia, en su conciencia honrada, ser el que debía plantearlas.

Al ser elegido Castelar presidente del Poder ejecutivo, formó el ministerio con los señores Carvajal (don José), del Río y Ramos, Oreiro, Pedregal, Maisonnave, Berges y Soler y Plá, encargándose despues del departamento de Guerra el general Sanchez Bregua. No podian ser seguramente mas difíciles las circunstancias, así que estuvo oportuno al manifestar que en el sitio que ocupaba no se querian discursos, sino actos; declaró que era el gobierno la federacion, porque con ella se aseguraba la unidad nacional, y que el que la rompiera seria maldito por la historia y por sus conciudadanos; censuró á la izquierda de la Cámara porque preferia la revolucion á la propaganda; que estaba dispuesto el gobierno á practicar una política mas enérgica que la de los reyes, para evitar las revoluciones y asegurar el orden, la sociedad y la familia; que era preciso llamar á los comicios y á todos los cargos á los individuos de todos los partidos, porque la República era para todos; que la izquierda queria la demagogia, que tenia deseos de venganza y no de justicia, y hacia que despues viniera la espada á tiranizar á las naciones; que la democracia estaba en peligro de muerte por los excesos de la demagogia, pues que aquella era la libertad y tambien el gobierno; calificó á los carlistas de demagogia blanca, peor que la roja, doliéndose de que cuando se preparaba la República á batirla, fué menester dirigir las fuerzas contra los separatistas; expuso la necesidad de una guerra á muerte y sin tregua contra los carlistas, para que no pereciese la libertad con la vergüenza del absolutismo; que gobernaría con los principios del gobierno republicano, en cuanto lo permitieran las circunstancias; llamó á todos los liberales, para que defendieran la República como defendieron á la última Reina; que no serian hombres si no combatesen la guerra con la guerra, el incendio con el incendio, el exterminio con el exterminio, y que si no hacia esto el partido republicano se suicidaba; que eran necesarios los ejércitos permanentes, y hacerles comprender que durante la guerra

los ejércitos tienen delante la muerte del enemigo y detrás la muerte de la ordenanza; que no podía existir el ejército, que es una máquina de guerra, sin el castigo de la ordenanza, en primer término sobre los jefes; dijo que podría tacharse de inconsecuente, lo que no le importaba, ni que se le condenase si faltando á sus principios salvaba la patria y la libertad; que emplearía todos los medios para conservar la disciplina del ejército; que existían en caja 25,000 hombres de la última reserva, y todos deseaban batirse, hasta los que no les había tocado la suerte, como había sucedido en Huesca. Declaró que el gobierno tenía redactado un proyecto para imponer una fuerte contribución á los que habían mandado á sus hijos al extranjero para librarlos de ser soldados; se mostró partidario de una milicia, no de partido, sino de la nación española; dijo que estaban movilizándose batallones en Andalucía para mandarlos al Norte; declaróse afecto á que se reintegrase á los artilleros en sus antiguos cuerpos; expresó que todos los generales de todos los partidos irían á la guerra, si bien tomando las garantías necesarias, por mas que creyera que no había espada que matara á la República; manifestó que era preciso prescindir de la Constitución y de los derechos individuales para acabar con el club jesuítico que alimentaba y daba vida al carlismo; puso de ejemplo á Lincoln, de quien hizo su historia, y expuso los medios de que se valió para concluir la guerra; que todo lo que fuese necesario para la guerra se haría, pero con la vena del Congreso, y si este no le concedía lo que reclamase para salvar la crisis mayor por que había pasado el país, se retiraría del poder. Afirmó que aquel gobierno ni había pertenecido ni pertenecería mas que al partido republicano; que necesitaba medidas enérgicas para extirpar el monstruo de la reacción, y concluyó pidiendo orden, gobierno y libertad.

Las Cortes, que habían elegido presidente al señor Salmeron, suspendieron el 30 de setiembre las sesiones hasta el 2 de enero, despues de facultar á Castelar con una dictadura amplia y absoluta, de la que no abusó. Inspiró confianza, se dejó de conspirar en Biarritz, poniéndose todos los emigrados de parte del gobierno, que publicó la ley de Cortes para aplicar con todo su rigor las ordenanzas del ejército, la suspensión de garantías, que era ya una necesidad en todo poder, el establecimiento de las direcciones de las armas y muy especialmente la organización del cuerpo de artillería, encomendando su dirección al general Zavala. Aumentó el ejército; atendió á concluir con el cantonalismo y el carlismo; contó con el apoyo, mas ó menos sincero, de conservadores y radicales, y esto, que excitó los celos de los antiguos republicanos, despertó su oposición y empezaron á combatirle: ponían así obstáculos á su marcha erizada de dificultades, no siendo de las menores el famoso apresamiento del *Virginus*, que fletado y pertrechado en los Estados-Unidos, intentó desembarcar en la isla de Cuba generales y soldados insurrectos. Visitado y detenido por el *Tornado*, cumpliendo con lo que establecen las ordenanzas, y plenamente probada la rebeldía y criminalidad de 57 de los tripulantes, fueron sentenciados á muerte y ejecutados: reclamaron los Estados-Unidos la devolución del *Virginus*, y la indemnización á las familias de los fusilados; estuvo á punto de estallar la guerra, y para evitarla se devolvió el buque, los piratas que aun vivían, y se accedió á la indemnización. ¡Por cuánta mengua se hacia pasar á la desventurada España! ¡Cuánto sufría el gobierno!

La guerra civil, en tanto, iba en aumento. Desde que Novillas volvió á encargarse del ejército del Norte, se veía con frecuencia obligado á suspender sus operaciones por carecer de recursos, lo cual impedía, no solo terminar la guerra sino continuarla. Tales interrupciones permitían á los carlistas reponerse de sus fatigas y aumentar su gente.

Nuevamente invadieron una parte de Alava y de Vizcaya los navarros, pasaron tranquilamente por la izquierda del Ebro, y á poco de regresar á Navarra, lo cual vigilaba desde Eulate el brigadier don Segundo de la Portilla, chocaron con la columna de este, de unos 1,300 hombres. Tomaron posiciones los carlistas en Metauten, algunos las abandonaron cobardemente, otros, la mayor parte, y muy superiores en número á los liberales, continuaron el fuego hasta cerca de la noche,

conservando cada contendiente sus principales posiciones sin disparar un tiro. Pasaron de 100 las bajas que unos y otros experimentaron, siendo de lamentar el poco respeto que se tuvo con algunos heridos carlistas, matados despues á culatazos por los soldados, desoyendo las amonestaciones de algunos oficiales.

Portilla no pudo recoger todas las consecuencias de esta importante acción—de la que no se dió conocimiento al público,—por la escasez de sus fuerzas, y queriendo contrariar á su enemigo se dirigió á Murieta.

Los carlistas por el puerto de Ollogoyen, atravesando el monte Loquiz, Val de Lana, Santa Cruz de Campezu y Angostina penetraron en la provincia de Burgos. Activamente perseguidos, y con gran temporal de agua, corrieron por malos caminos, perdiendo muchos el calzado, volvieron á Navarra, pasando por Ollo salvaron el puerto, bajaron á la Barranca, dirigiéndose á Irurzun, cuyo fuerte les era molesto, á atacar á los 100 carabineros que guarnecían la estacion de este pueblo, á la que se dispararon algunos cañonazos, poco certeros; se avanzó la pieza, y viéndose los liberales cercados por todas partes, y de tal manera atacados, sin resistir capitularon, quedando en libertad los oficiales de irse á sus casas si no querían tomar parte con los carlistas, y los soldados que esto no quisiesen serian socorridos y acompañados hasta Francia, cuya capitulación se cumplió religiosamente. Satisfechos los carlistas de tal triunfo, que les valió 100 fusiles y abundantes municiones, marcharon tranquilos á Lecumberri y Baribar. Castañon, despues de haber recorrido las Amescosas, llegó á Irurzun cuando acababan de marcharse los carlistas. Eludieron estos la persecucion del liberal procurando atraerle á sitio conveniente, y al saber que aquel se dirigía á Arruiz, se le anticiparon. Cerca unos de otros rompióse el fuego, que se fué generalizando á medida que entraban mas fuerzas en combate; la artillería liberal y Puerto-Rico se batían con empeño; no era menor el de los carlistas; se hizo horroroso el fuego; pelearon en la vanguardia carlista los cazadores de Azpeitia; por su izquierda el 2.º de Navarra; el 1.º y 3.º les guiaba Ollo, amenazando cortar la retirada del enemigo, por lo que este desde el principio de la acción se mantuvo á la defensiva, formando en batalla y haciendo terrible fuego. Ceden algunas fuerzas navarras, se adelanta Lerga con su batallón, gritando: ¡muchachos, á ellos á la bayoneta! cargan con tal ímpetu que detienen el avance del liberal, y Requeté en tanto siguió adelante obligando á Castañon á retirarse hácia Udabe.

Casi al mismo tiempo se corria Iturbe hácia donde los liberales se retiraban, é Ichazo cargaba de frente: recibieron aquellos á los guipuzcoanos con nutridísimo fuego, les causaron grandes pérdidas y les hicieron retroceder. Entonces fué cuando volvió el 4.º de Navarra, y á la carga los de Azpeitia, y cargó tambien el 2.º por la izquierda obteniendo ventajoso éxito. No se dan aun por vencidos los liberales; carga su caballería, juega contra ella la artillería carlista y tiene que retirarse confundida con la infantería, abrumada por el mayor número de la enemiga. Peleó con bizarría la liberal: tres veces cargó á la bayoneta, pero excedían de 4,000 hombres los carlistas y apenas llegaban á 1,300 los liberales, que se retiraron por escalones. Quedó en el campo Castañon y muy pocos soldados protegiendo la retirada, hasta que lograron abrigarse en la venta de Latasa, seguidos de mas de 600 enemigos. Si el jefe liberal no hubiera enviado aquella noche á la venta nueve compañías, hubieran quedado prisioneros los que en ella se guarecieron.

Desde Munarriz tardó Novillas tres horas en llegar á Irurzun, porque la voladura del puente de Anoz, por él dispuesta, le hizo dar un gran rodeo y perder un tiempo precioso; así que á su llegada había terminado la acción. A no estar destruido el puente, mal lo hubieran pasado los carlistas.

Perdieron los liberales un cañon, mas de 100 fusiles, el equipaje de Castañon, 65 prisioneros y 150 entre muertos, heridos y contusos. Los carlistas 120 heridos y 40 muertos.

En este combate encarnizado, que tomó el nombre de Udabe, y tuvo lugar en sus inmediaciones y altos de Beramendi, unos y otros combatientes pelearon hasta con heroísmo, y allí se demostró lo que era ya la guerra civil, la importancia

que tenían los carlistas, á los que ya no se podía perseguir con pequeñas columnas. Así causó la noticia de este hecho gran sensación en Pamplona, donde se apaleó á varios carlistas y se cometieron algunos excesos que no honraban á sus autores, como el quemar periódicos, tristes resabios de infaustos recuerdos.

Activamente perseguidos los carlistas por Novillas, yendo siempre á los alcances, guarecieron en las Amescosas, de ellas corrieron al valle de Arana, llegando á media noche con la gente rendida, descalza y sin comer, y marcharon á Alava por Santa Cruz de Campezu. La llegada de Novillas á Vitoria les impidió seguir á Vizcaya, pero tambien vió entorpecidos sus movimientos el jefe liberal, al que el gobierno ofreció que hallaría en aquella capital un millon de pesetas, y no halló una. Viendo que sin recursos era inútil cuanto hiciera, y que á los jefes que por falta de actividad y celo había separado los nombraba el gobierno para superiores cargos, dimitió el mando del ejército.

Despues de efectuar los carlistas algunos movimientos por la Rioja alavesa atacaron el fuerte de Puente la Reina, cuya guarnición, de unos 70 carabineros, capituló entregando armas y municiones. Cayeron sobre Cirauqui, asentado en una eminencia en la carretera de Pamplona á Estella, desecharon la intimación sus defensores, á los que ni los cañonazos ni el incendio intimidaban, pero pasaba el tiempo, nadie les auxiliaba, y ofreciéndoles la vida, la libertad inmediata y los equipajes, sometieron á votación estas proposiciones, y de los 62 defensores del pueblo las aceptaron 32, entregándose con la seguridad del cumplimiento de lo pactado. No contaban estos desgraciados con que ofendidas las mujeres carlistas del pueblo por ofensas recibidas de los liberales, al saber que se concedía vida y libertad á los defensores del fuerte, se enfurecieron contra ellos, y deponiendo todo sentimiento de humanidad, tan propio del corazón de la mujer cuando no la guía la pasión de la venganza, se amotinaron exponiendo sus quejas y pidiendo la muerte de los rendidos. En vano trataron de contenerlas los jefes; marcháronse los principales del pueblo, intentó Idoiz salvar á los rendidos, pero algunos de los voluntarios de su partida simpatizaron con la gente sublevada, entraron bayoneta armada donde estaban aquellos infelices y acuchillaron ferozmente á unos 38 que hallaron, pudiendo salvarse los demás, que sacados á altas horas de la noche fueron escoltados hasta cerca de Pamplona (1).

Aquellos asesinatos son indisculpables; la vida de los rendidos era sagrada: fuerza tenían los jefes para contener á las mujeres y paisanos amotinados, y no dice mucho en favor de la disciplina que tanto interesaba conservar, el desbordamiento de algunos carlistas, ni favorece á estos la saña que mostraron sacrificando á 38 indefensos en un pequeño espacio y buscando con furioso afán á los que se ocultaron. Muchos de los asesinos y sus víctimas eran paisanos y amigos.

Siguieron los carlistas á Estella, en cuyos barrios, libres de los fuegos de la guarnición, penetraron, y perforando paredes fueron avanzando de casa en casa á los fortines secundarios, cuyos defensores se guarecieron en San Francisco. Reconcentrados aquí los liberales, sostuvieron el fuego con los que les atacaban, mientras otros invasores derribaban las obras de defensa de que se habían apoderado, esparciéndose los demás en la población, celebrando cada uno á su manera el hallarse en aquella ciudad, venerada por los carlistas; entró á poco Dorregaray con el grueso de su gente, intimó al gobernador don Francisco Sanz la rendición en el término de una hora, ofreciendo completo olvido y amplia libertad; la rechazó; se efectuaron trabajos para hacer mas decidida la defensa, construyeron los carlistas una especie de barracones blindados, que por hacerlos sólidos resultaron demasiado pesados, y aunque despues se aligeraron no cupieron en la primera bocacalle, por lo que solo podían servir para asustar;

prepararon petróleo para incendiar el fuerte; las familias de sus defensores les suplicaron que se rindieran, exponiéndoles que no podrían resistir á los medios que para vencerlos se preparaban; algunos alentaban á la defensa; reanudáronse las hostilidades, y á las cuatro de la tarde enviados pusieron en seguridad los heridos y las mujeres que tuvieran consigo, cuyo generoso ofrecimiento fué aceptado, encargándose la Cruz Roja de tan humanitaria misión (2). Manifestó despues Dorregaray á los sitiados que habían cubierto con exceso el honor militar; propuso la paz y completo olvido en la conferencia que con el capitán de voluntarios y gobernador tuvo, apeló á toda clase de recursos para conmovellos, aun presentándoles los seres queridos de su familia; pero estaban resueltos á morir antes que rendirse, y prosiguió el fuego admirando el enemigo tanto heroísmo.

Disminuyendo el fuego por la noche, la aprovechaban los liberales para aumentar las defensas del fuerte: abrieron profundas cortaduras en el patio principal y colocaron pesos enormes sobre 200 arrobas de pólvora, despues de vaciar un cajón y comunicar los restantes con mecha, para que la explosión fuera instantánea y el estrago mas terrible. En el almacén de pólvora quedó encerrado bajo llave el cabo de voluntarios Celestino Garamendi, despues de haber jurado á su capitán y al gobernador, que á la señal con ambos convenida daría fuego. Los carlistas intentaron trabajos de mina y zapa y de máquinas de aproche, é insuficiente todo esto, blindaron las bombas de incendio, con las que por la noche arrojaron petróleo sobre el tambor del fuerte, formándose en breve una inmensa hoguera cuyas llamas serpenteaban por la carretera: acudieron solícitos los sitiados á apagar el fuego, siguiendo defendiéndose y hostilizando; y distinguiendo el punto en que funcionaban las bombas, las acerbillaron á balazos, matando ó ahuyentando á los que las servían. Ardía la casa desde donde se había arrojado el petróleo, é iluminando el fuerte, se distinguía á través de los hierros de una estrecha claraboya, la mecha de Garamendi, su rostro bronceado y robusto, su desnudo pecho, esperando la fatal consigna para volar todos.

La aproximación de las columnas de La Portilla y de Gardyn obligaron á los carlistas á salir de Estella, con gran pesadumbre, no siendo menor la tristeza en que quedaron sus correligionarios, acompañándoles muchos de estos, temerosos de la conducta que con ellos tuvieran los liberales por los compromisos que contraían con los carlistas. Unos y otros experimentaron algunas pérdidas, que pudieron los carlistas considerar sino compensadas las suyas, y el no haberse apoderado del fuerte, con los 12,000 duros que cobraron de tributo.

Si esta vez se había salvado Estella, debió haber sido mas cauto el gobierno y comprender el peligro inminente en que estaba de perderse, si había de limitarse su defensa al fuerte de San Francisco y á las obras que pudieran hacerse en la ciudad. Esta, como lo hemos visto y los hechos nos lo enseñan, se defiende desde los cerros inmediatos, y á nada de esto atendió el gobierno, que se contentó con reforzar la guarnición con 250 hombres.

Lizárraga continuaba experimentando las consecuencias de la insubordinación del cura Santa Cruz, pues un sargento de este dió unos gritos subversivos contra los castellanos, produciendo en los soldados un pequeño motin, castigado en seguida sin efusión de sangre. Fué mucho conseguir restablecer la disciplina, y cortar las agitaciones que promovían los de Santa Cruz resueltos á desorganizar las fuerzas de Lizárraga, á quien se unió el vicario de Orío, que animaba las huestes en los combates. De enseñanza podían servir tales sucesos á los federales guipuzcoanos, quienes, aunque muy pocos, eran los bastantes para producir disturbios como el del 13 de junio en San Sebastian. Mostróse digno el ayuntamiento al que apoyaron todos los buenos liberales, que vieron con dolor y hasta con indignación que la autoridad militar y

(1) Entre los salvados estaba don Tirso Lacalle, el guerrillero denominado Cojo de Cirauqui, quien enfurecido mató al día siguiente de un garrotazo al padre de uno de los carlistas que cometieron los anteriores asesinatos.

(2) Los heridos leves y doña Pancracia Ibarra de Cintora, esposa del capitán de voluntarios, no quisieron abandonar el fuerte.